

EL SACERDOTE, GUÍA Y COMPAÑERO DE QUIEN VIVE EL SUFRIMIENTO DE LA INCRECULIDAD



En el año de la fe, hermano sacerdote, nos toca acompañar al pueblo de Dios, en medio de las pruebas tan agudas a la que a veces nos somete a nosotros también este mundo consumista y descreído. Espero que a través de estas reflexiones, que no son por cierto más sino de hombres y mujeres que han caminado en el oscuro túnel de la fe, encuentres tú también alguna chispa de luz en este camino que el Señor nos invitó a recorrer.



Pascua de Resurrección 2013

Carlos Francisco Vera Soto MSPS



El tema de esta reflexión es difícil de abordar y a la vez exigente. Para tomar unos puntos de partida, nos dirigiremos a dos mujeres insignes; Teresa de Lisieux y Concepción Cabrera de Armida. Como lo menciona el papa Benedicto XVI al final del documento de *Porta fidei*; “La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar del sufrimiento de Cristo, son preludio de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe.” (Pf, 15).



La documentada experiencia de estas dos mujeres nos puede ayudar a nosotros, sacerdotes a comprender el camino de quienes, habiendo creído, han dejado de creer y sufren por ello. Podremos comprender qué significa estar atados al mundo del pecado, terriblemente despersonalizador que oculta con su inmundicia el rostro de Dios. Estas dos mujeres, buscaron siempre la verdad. Podemos hacer, antes de comenzar este tema, una oración:



Concédenos también a nosotros, en las dificultades del discernimiento sobre el misterio de la incredulidad, buscar solamente la verdad de Dios y lo que sirve a su Iglesia (C. M. Martini).

Premisa. Podemos poner como premisa que en las pruebas de fe y esperanza de estas dos mujeres, experimentadas al final de sus vidas, se toca un punto neurálgico de la actual falta de fe y de esperanza: el del silencio de Dios en la historia y el de la vida después de la muerte, la vida eterna. Frente a estos puntos hay mucha oscuridad y confusión; mucho más duda y más indiferencia que en el pasado. En los sondeos sociológicos sobre la religiosidad de las personas, impresiona observar cómo, la incertidumbre sobre el futuro que nos espera; sobre las tragedias que se ciernen sobre la humanidad y la pregunta ¿dónde está Dios en todo esto que pasa?; la incertidumbre sobre los fines últimos, ha alcanzado a muchas personas, cada vez más, aun a aquellas que dicen creer en Dios, en Cristo Jesús y escuchar a su Iglesia.

Según las estadísticas, no son pocas las personas católicas practicantes que han puesto entre paréntesis el problema del “silencio de Dios” y de “la vida después de la muerte” y prefieren no hablar de esto. Como si el límite biológico fuera, de hecho, suficiente para definir la vida humana buena, sus aspiraciones y sus metas. Y como, si ante la problemática de la humanidad, nuestro Dios fuera una especie de divinidad griega, ocupada en otras cosas más entretenidas, mientras sus criaturas están en lo suyo. Admiten, quizá, la existencia de Dios, quizá alguna posibilidad de vida después de la muerte, pero como una hipótesis que no influye en la vida cotidiana.

Incluso a los moribundos, incluyéndonos los sacerdotes, hablamos prescindiendo del acontecimiento que vendrá después de la muerte. Insistimos, todos, más bien en la curación, en el restablecimiento, en la mejoría, en la necesidad de

encomendarse a Dios, y nada más. El pensamiento de la vida futura influye poco en las decisiones que se han de tomar para la vida terrena. Todos estamos dispuestos a optar por las cosas visibles, por los valores que tienen, de algún modo, correspondencia en el presente (misiones, voluntariado, solidaridad, paz, justicia). Pocas son, en cambio, las personas dispuestas a optar por las cosas invisibles, que no tienen correspondencia en el tiempo. A veces parece que la palabra de Jesús, repetida tres veces en el sermón de la montaña: “Tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará” (Mt 6, 4; 6, 18). Es en futuro, es una de las más difíciles del evangelio, una de las menos aceptadas.



Sean cuales sean las causas y las modalidades de tales crisis, podemos afirmar que el ofuscamiento de la esperanza en la vida eterna, la opacidad de la atención que Dios presta a nuestros clamores es quizá la prueba más grande a la que se ven sometidos el mundo y la Iglesia occidental. En otros continentes como África o Asia, el discurso sobre la muerte, o sobre el hecho de reunirse con los antepasados, es bastante familiar.

Veamos ahora en qué consistió la prueba de estas dos mujeres:

En Concepción Cabrera de Armida, en un largo texto que escribe el 3 de octubre de 1936, a exactamente 7 meses antes de su muerte, en unos ejercicios espirituales, anota todos los elementos que tiene esa prueba que la atormenta. Centro la atención en el año 1936. En este año se concentra la experiencia de soledad, de forma recrudescida y, siendo el último año de vida, se convierte en el coronamiento, en la conclusión de la misma. La soledad será la última palabra de la experiencia cristiana de Conchita. Obviamente, las situaciones externas influyen determinadamente en esta etapa: su edad y enfermedades, su viudez, todos sus hijos casados, el desarrollo autónomo de las Obras de la Cruz, la distancia normal (por ocupaciones o por condiciones físicas y geográficas) del padre Félix, de su director espiritual y de otras personas afectiva y moralmente importantes, las delicadas situaciones socio-político-religiosas en México y en España, donde vivía su hijo Manuel, sacerdote jesuita.

Día de santa Teresita. Hoy a medio día comencé mis ejercicios.

Después de comer tuve una gran conversación con mi director, le abrí mi alma y me aconsejó y me levantó el espíritu abriéndome horizontes de luz.

Ejercitaré las virtudes teologales que para el estado de mi alma son indispensables. Creer en el amor de Jesús.

Esperar en sus divinas promesas.

Amarlo con toda el alma arrojándome a su corazón con la audacia que da el amor [...].

Como decía, a medio día de hoy, comencé mis ejercicios poniéndome como papel en blanco, como blanda cera en las manos de Dios.

Creer en su amor, esperar en sus promesas, amarlo con audacia, con explosión (contenida de mucho tiempo).

Dedico este santo retiro al Padre Eterno, con el Espíritu Santo, y por María.

Mucho he llorado, mucho he sufrido con la ausencia de Jesús, con desolaciones angustiosas, con desamparos terribles...

Pero, gracias a Dios, abandonada en los brazos de Jesús, aceptando todas las amarguras, como Él lo quiso, en favor de sus sacerdotes.

Él me pidió la renuncia de sus palabras, de todo consuelo sensible en favor de los sacerdotes que los necesitaran, y yo se los di con pleno conocimiento y consentimiento.

¿Qué se puede negar a quien se quiere?

Sin embargo; aunque no me he arrepentido, aunque estoy dispuesta, si así le place a Él, tenerme así hasta la muerte, he sufrido mucho, me ha bamboleado en la oscuridad del alma, Satanás, llevándome a cierto despecho interior, aunque no consentido, a las dudas de las gracias de Dios, haciéndome ver un fracaso en mi vida espiritual toda de engaño, de ilusión, de imaginación, de mentira!

Débil y todo, la fe entre nublados me ha sostenido, esperando contra toda esperanza y amando como a ciegas, sin luz, sin calor, entre el hielo de una indiferencia y frialdad más dolorosa que el mismo dolor.

He visto mi vida como una cosa que pasó... como un santo recuerdo desvanecido... como un engaño inconsciente... y en una soledad sin arrimo, sin apoyo, sin consuelo, como a tientas, y sin saber siquiera si amo o no amo, si tengo corazón o no tengo, en una tensión a veces desesperante, dolorosamente desesperante.

Me he sentido abandonada entre el cielo y la tierra.

He probado de unas hieles como de infierno.

He sufrido el horrible suplicio de la indiferencia por todo lo bueno, hasta por el Sagrario, por Jesús, por el cielo.

Se me ha asfixiado mi alma como ahogada en una atmósfera de mundo, sin poder respirar a lo divino.

He sufrido un vacío, ¡Dios mío!, un vacío tan hondo, tan profundo, sin nada a que arrimarse, en que sostenerse, como entre el cielo y la tierra, queriendo mi alma asirse de Jesús y sin poder conseguirlo.

He pasado meses sin saber si comulgué, acabando de hacerlo, sin saber si recé o no, habiendo rezado, etc. etc.

He sentido la horrible sensación de un abismo entre Jesús y mi alma, un vacío infranqueable, y queriendo encontrarlo, escondérseme, y como llegando a tocarlo, huir de mí.

He dudado si tengo o no corazón, buscando versos, música, a ver si despiertan sus fibras, y he visto que sí, pero me he puesto a llorar porque sólo mi frialdad ha sido para lo bueno, para con Él, ¡Dios mío!

He llegado a creer que no lo amo, y sin embargo, una crecida y agigantada sensibilidad me grita que sí, y sólo su nombre, y sólo hasta su pensamiento que roza mi alma, la conmueve y me viene el llanto.

Este es el estado actual de mi alma como usted lo sabe, padre mío; y aquí estoy a su lado pronta a creerle y a obedecerle.

Para con Jesús, sólo quiero lo que Él quiera; no quisiera forzarlo aunque agonice mi alma. Muy honrada me siento en que, lo pobre mío, vaya a salvar, a consolar a algún sacerdote que lo necesite.

Le he dado a Jesús lo mío, para que con lo de Él salve a esas amadas almas y más se unan a Él (CC, 65, 162-170).



Conchita detalla expresamente los elementos de su prueba interior: silencio de Dios; sin consuelo sensible; oscuridad del alma; duda de las gracias de Dios; indiferencia y frialdad; soledad sin arrimo; no saber si se ama o no; experiencia de abandono; indiferencia hacia lo bueno; hondo vacío, agonía del alma. Parecería que esto bastaba, sin embargo, la crisis llegará hasta su lecho de muerte, como en Teresa de Lisieux.

A mi se me pone –dirigiéndose a su director espiritual–, aunque no lo consienta, que a usted ya le cansé, que ya no le merezco interés; que las Obras de la Cruz han sido una casualidad, que mi vida ha sido una serie de imaginaciones y mentiras; que he exagerado, que he engañado, que me

espera la eterna condenación, etc. etc. etc. Y me siento entre el cielo y la tierra y en una soledad ¡tan sola! que ni a quien volver los ojos, con el cielo de bronce, sin encontrar apoyo, más que en la debilidad y en la oscura fe, con una chispita de esperanza, y, sin amar, estar amando, y sin sentir, llevar un volcán en el alma (CC, 65, 223-224).

Y quizá llega a su culmen, al menos en la manera de expresarlo, en este dramático texto:

Es horrible bajar de las alturas, digo, de la vida sobrenatural y pura, a los gases asfixiantes de las cosas de la tierra: mundo, conversaciones vacías, pecaminosas, vanas, que está uno obligado a oír, a soportar. Sufro en este estado, con el puñal de la indiferencia del alma, la tibieza, la frialdad para con Dios, acostumbrada a tener calor, si ya no fuego para con Él. Sufro con esa como insensatez que nada conmueve que hace dudar si tiene uno siquiera corazón. Sufro con eso glacial y horrible, con esa divagación de no saber si comulgué ya o no, de si recé o no, dudando de si ama uno o aborrece, o peca contra la fe. Se sienten ganas de huir del Sagrario, sintiendo a la vez la atracción hacia Él. La oración, un tormento, un fastidio, o sueño con ganas de huir. El pensamiento de Jesús, el roce siquiera de su recuerdo, hace llorar, produciéndose en el alma un dolor como de un bien perdido, de una vida espiritual fracasada, de una cosa como relámpago que pasó para no volver jamás.

Yo he tenido últimamente lo que nunca; aparte del tedio como de la vida y de todo lo que me rodea, *desesperación*, como si mejor fuera el infierno, a la vez que se ve un caos que arrastra, un abismo que atrae, como si se prefiriera ese infierno. Las virtudes teologales se debilitan, las otras, como que no existen; viene a aumentar esto, cierto despecho o decepción de todo lo santo, de todo lo bueno. ¡Dios mío!, y sólo la punta de la voluntad debilitada, como que sostiene (CC, 65, 225).



Es la prueba de la fe; es la experiencia del abandono de Dios, es la asimilación a Jesucristo en la Cruz que grita: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" Conchita no va a tener más consuelos y su agonía y su muerte va a ser esa experiencia de aquella que fue llamada por el mismo Jesús: "Tú eres mi Cruz", "Cruz de Jesús". El sentido específico y peculiar en esta prueba de Conchita es. El silencio de Dios, el "abandono de Dios".

En Teresa de Lisieux, será más propiamente, la prueba de la esperanza. Ella escribe:



Cuando quiero que mi corazón, cansado por las tinieblas que lo rodean, descansa con el recuerdo del país luminoso por el **que suspira, se redoblan mis tormentos. Me parece que las tinieblas,** adoptando la voz de los pecadores, me dicen burlándose de mí: "sueñas con la luz, con una patria aromada con los más suaves perfumes; sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas; crees que un día saldrás de las nieblas que te rodean. ¡Adelante, adelante! Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que tu esperas, sino una noche más profunda todavía, la noche de la nada.¹

En estas dos experiencias podremos retratar a miles de personas, hombres y mujeres de hoy. ¿Cuántas de ellas experimentan la soledad y el abandono, el tedio por todo lo espiritual? ¿Cuántas, moralmente honestas creen en la vida eterna?

La vida y la experiencia de estas dos mujeres, místicas extraordinarias, nos deja ver una respuesta para la increencia de hoy, para tantos y tantas que se cuestionan si no la existencia de Dios, sí su intervención en la historia humana y la existencia de la vida eterna.

Para Conchita aquella etapa de soledad, que va a vivir por 20 largos años (de 1917 hasta su muerte en 1937), más que una gracia de "purificación", fue una gracia de "Cristo conformación" que le permitió ahondar plenamente en su llamado personal de ser madre de las Obras de la Cruz,

¹ Teresa de Lisieux, *Obras completas*, Monte Carmelo, Burgos 2003, 279-280.

de caminar con María como modelo en la soledad, respecto a Jesús y prepararse a su propia muerte: “la amada en el Amado transformada” (san Juan de la Cruz). Parece que, con esta experiencia extrema, Conchita parece indicarnos un camino concreto de *comprensión y acompañamiento*, a nosotros sacerdotes, para quienes viven inmersos en la duda, la frialdad, la indiferencia del bien, el tedio de la vida. Su experiencia consiste en amar, a pesar de todo, en creer porque se ama, en complacerse en la Cruz, que es fuente de salvación y es el **único** camino que el cristiano puede recorrer para encontrar la vida de verdad. ¿Cuántas personas que conocemos querrían contar con nuestra comprensión al respecto, más que con nuestro juicio y con nuestros muy claros **principios**? Esta experiencia nos indica que, entrando en el misterio profundo de la persona, podemos acompañar los sufrimientos que implican “querer y no poder”, o, simplemente, comprender a quienes han perdido el rumbo.

Tenemos que aprender a dismantlar un cristianismo glorioso, hecho de certezas, orgulloso de la riqueza de las propias virtudes, un cristianismo que se complace en cumplir puntualmente los deberes religiosos, las prácticas de piedad, que goza con las penitencias extraordinarias; todos ellos son aspectos buenos, que no se han de negar, pero en los que está presente el gusanillo de la primacía de uno mismo, de nuestras acciones, de nuestra debilidad.

Está claro que tal demolición esta en función de parte que nos toca construir, la cual hace emerger el corazón del evangelio: el camino del amor, del dejarse amar por Dios en la propia fragilidad y debilidad, del dejarse mover a amar en comunión con el Señor que ama desde la terrible realidad de la Cruz. Esta es la primacía del Amor misericordioso al que nos entregamos con una confianza absoluta, olvidándonos de nosotros mismos.

El sustantivo “debilidad” aparece 378 veces en la Cuenta de conciencia de Conchita y el adjetivo “débil,” 215 veces; también son frecuentes en los escritos de Teresa de Lisieux. Podríamos advertir alguna afinidad con el pensamiento débil contemporáneo. Afinidad verbal y equívocas. Pero no se trata de una afinidad total, ya que tanto Teresa como Conchita alcanzan, en cierto sentido, el pensamiento moderno allí donde él tiene miedo de las

grandes construcciones, de las grandes verdades metafísicas, y se encuentra a gusto en la debilidad.

Conchita escribe:

Anoche mi oración común, sólo toques de humildad muy vivos. Hoy en mi comunión muy fervorosa el alma. Presentándose ya mi Jesús en la Eucaristía, se acabó oración y todo; nada puedo hacer sino arrojarme ahí dentro y amar, amar, sólo amar sin más pensar. Después de mi comunión, así, sumergida en este Jesús, que aquí le llevo, mi Padre, sensiblemente vivo y palpitante, me dijo: — “Como tú te cuelgas, es decir, te abandonas en mí, así Yo, me quiero colgar de ti que eres mi Cruz... Envuélveme en tus caricias y en tu amor y que no me toque, no, el aire inficionado del mundo...” — ¿Pero cómo podré yo contigo, mi Jesús, si pesas mucho y yo no soy sino una débil caña? ¿Que yo me cuelgue de tu cuello, de tus brazos, de tu Corazón, no es extraño, ¿pero Tu de mí... colgarte de mí?, si me parece mentira, mentira...! — “Yo quiero colgarme de ti como me colgué de mi cruz, ¿no eres acaso mi Cruz?” — Sí mi Jesús, pero dime, ¿buscas en la Cruz descanso? — “Es precisamente lo que busca mi Corazón, descanso en una Cruz... y porque en el mundo no hay cruces, por esto en el mundo no tengo descanso” (CC, 4, 201-201. 26 de septiembre de 1904).

Teresa, por su parte escribe:

¡Qué no pueda yo, Jesús, revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia! Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacería en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con confianza total a misericordia infinita.²

En estos textos se pone de relieve la primacía del Amor misericordioso de Dios y la entrega de la propia debilidad a Dios, como el lugar del triunfo del Amor; la Cruz es el lugar del triunfo del amor. De ahí nace el asombro por este amor; la entrega total de nosotros mismos para amar a Jesús y para hacer que sea amado.

Habría que insistir en un aspecto que en ocasiones no es fácil captar; tanto Teresa como Concepción lucharon mucho, lucharon siempre y gracias a los

² *Ibíd.*, 267.

continuos sacrificios diarios a las renunciaciones llenas de amor, pudieron estas dos mujeres afrontar las pruebas de la fe y de la esperanza manifestadas en prolongados momentos de sequedad en la oración, en los sufrimientos experimentados en las batallas contra el amor propio, las inclinaciones personales y el sufrimiento corporal.

Para ellas dos, apasionadamente enamoradas de Jesús, su camino se puede reducir concreta mente en esto: para Teresa, en la conciencia de la propia debilidad y el abandono a la divina misericordia, centrando todo en Jesús y en Conchita, en la profunda conciencia de su indignidad, su abandono a la voluntad de Dios, centrando todo en Jesús Salvador de los hombres. Sólo desde ahí pudieron superar sus pruebas personales y hacerse paradigma para otros.

Las pruebas de la fe y nuestro tiempo:



¿Podemos definir nuestro tiempo con las categorías de la noche del alma o de la fe que usó san Juan de la Cruz?

En primer lugar, la prueba de nuestro tiempo no es una verdadera prueba de fe; esta sobreviene en el largo camino de la purificación de los creyentes.

La crisis de nuestro tiempo es más bien una condición de falta de fe, o al menos, de vacío de fe; es una condición de falta de esperanza. Sería equívoco definirla o considerarla con las mismas categorías empleadas por san Juan de la Cruz.

Además, el mundo occidental no está atravesando, por una purificación progresiva propia de quien sube al monte de Dios (que es de lo que trata san Juan de la Cruz), sino por una decadencia progresiva de quien se encamina hacia los infiernos de la ausencia de Dios.

Por otro lado, nuestro tiempo tampoco se puede definir, en sus crisis de fe, como un tiempo ateo; es un tiempo de confusión con respecto a la fe, de indiferencia, de tibieza. En cambio, la noche del alma es fuego que arde y que no se ve, como afirma claramente san Juan de la Cruz, y, como dice Conchita: "llevar un volcán en el alma".

Entonces: ¿se podrá definir nuestro tiempo con las categorías usadas por estas místicas y llamar a la crisis de fe, "mesa de los incrédulos", "mesa de

los pecadores”, “abandono de Dios”, “indiferencia de lo bueno”, “hondo vacío”, “descenso a los infiernos”, “país de tinieblas”?

Se puede decir que sí hay una analogía; aquí se invierte el aspecto de la purificación y se convierte en compasión hacia nuestro tiempo. En realidad estas dos mujeres comparten el sufrimiento de quienes no creen, de quienes no esperan, de quienes se encuentran en la incertidumbre y en la duda.

En este sentido, la crisis contemporánea es un gran sufrimiento, incluso un sufrimiento, en parte, no culpable al que podemos acercarnos. Cito algunos textos de estas mujeres santas. De Conchita:

Mírame, mi Jesús, le dije, cómo estoy sintiendo en mi cruz de tierra algo de las delicias que Tú experimentaste en tu Cruz del Calvario; me llena una ansia de padecer... de sacrificárteme... de expiar en cuanto pudiera o pueda por los pecadores que te ofenden, y sobre todo por los Sacerdotes que no te tratan como debieran, que te roban tu gloria... que abandonan tus intereses... ¡ay mi Jesús, mi Jesús!, ¡si yo pudiera arrancar su indiferencia, sus feos modos para cogerte, sus corazones fríos, duros y llenos de comodidades...! ¡Oh si me fuera dado moverlos plantando en ellos esta cruz que tengo incrustada en mi pecho... en mi pensamiento... en mi pobre alma, para que ellos, mi Jesús, pues son el conducto natural, llevaran ese Apostolado a miles de almas que se salvarán por él, que apagarán Tu sed y mi sed... (CC, 1, 263. 4 de marzo de 1894).

Y de Teresa:

Pero tu hija, Señor, ha comprendido tu divina luz y te pide perdón para sus hermanos. Acepta comer el pan del dolor todo el tiempo que tú quieras, y no quiere levantarse de esta mesa repleta de amargura, donde comen los pobres pecadores, hasta que llegue el día que tú tienes señalado... ¿Y no podrá también decir en nombre de ellos, en nombre de sus hermanos: “Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores” (Lc, 18, 13)? ¡Haz Señor que volvamos justificados! Que todos los que no viven iluminados por la antorcha luminosa de la fe la vean, por fin, brillar. ¡Oh, Jesús!, si es necesario que un alma que te ama purifique la mesa que ellos han manchado,

yo acepto comer sola en ella el pan de la tribulación hasta que tengas a bien introducirme en tu reino luminoso”.³

Es admirable la manera como estas mujeres entran en el camino de la compasión, del compartir y hasta de la sustitución.

El acompañamiento a quien vive las pruebas de fe

Este es un tema, de por sí, difícil. El acompañamiento implica estar cerca, sentarse a la mesa, hacerse compañeros y hermanos, no tanto compartir la increencia, que nos ahogaría, pero sí, entrar en ese camino de compasión; hacerse compañeros. El acompañamiento significa participar en la prueba de la fe por ardor, no por tibieza en la fe o increencia. Un ardor de la fe que inevitablemente será probado en el fuego. El creyente tibio no es probado; fueron probadas Teresa y Conchita porque su fe era muy ardiente.

Y cuando el sacerdote es probado en la fe, se convierte en compañero del sufrimiento de quienes no creen. Es, por tanto, la fe que permite la compasión, personalmente en la en la amargura, en la falta de sentido de la vida de quien no cree. ¿Es estrictamente necesario que la fe del sacerdote sea probada como la de Teresa y la de Concha, en las mismas formas dramáticas, para poder acompañar hoy a los no creyentes, los indiferentes, los confusos, los desorientados?

Si la fe del sacerdote es ardiente, entonces será probada como la de estas dos mujeres, aunque no necesariamente de mismo modo. Hay muchos modos en los que puede ser probada la fe de un sacerdote. Cuando es probado en la fe al entrar, por ejemplo, en la frustración pastoral, semejante a la que pudo experimentar Jesús de Nazaret debido al fracaso. También en la vida del sacerdote cae la noche y no se consigue ver bien el sentido de los acontecimientos, de las situaciones. La situación pastoral de



³ *Ibid.*, 278-279.

cierto fracaso, podría ser prueba de la fe, purificación de la fe; no es obstáculo, ni estorbo, ni bloqueo. Si tal prueba es superada, afrontada, integrada, nos hace entrar en compasión hacia los pecadores; si, por el contrario, es marginada, rechazada, interpretada como una equivocación, atribuida a errores humanos, no nos lleva a una unión más fecunda con el Señor.⁴

Otro modo implícito de entrar en la prueba de la fe está constituido por el llamado sufrimiento institucional; un sacerdote percibe violentamente la falta de sentido o la contradicción de la institución eclesiástica, y ya no puede admitirla. Es una prueba de fe muy dura, que puede ser vivida como bloqueo, como contratiempo, tal vez como pretexto para marcharse, o como lugar de purificación, aunque ya no se vea el cielo y parezca que han desaparecido los horizontes de referencia.

Tanto Teresa de Lisieux como Conchita experimentaron la prueba institucional. Teresa, en el cerrado mundo de su convento tuvo que afrontar el gobierno tan retorcido de la posiblemente neurótica madre María de Gonzaga, que, a pesar de los pesares, para Teresa, representaba a Dios. En Conchita esta prueba fue mucho más fuerte, puesto que ella, habiendo recibido la gracia de la encarnación mística, y siendo confirmada por Jesús en ella, debió afrontar, en un primer momento, el desconcierto y hasta el rechazo de personajes eclesiásticos:



Como entre mil velos, vislumbé mucho dolor, una vida de dolor o una serie de dolores que me esperaban, derivados de la encarnación mística. Lo que Él quiera y nomás (CC, 32, 295. 28 de mayo de 1909).

Todos sus papeles debieron ser enviados a Roma y analizados por peritos que no acababan de creer en aquella “señora mejicana”. La reacción de Conchita:

Si de allá resuelven que merezco la inquisición, aquí estoy. Si me dicen que soy ilusa, lo creeré sin vacilar. ¡Dios mío, Dios mío! que a mí me echen al muladar, si es

⁴ Esta tesis la sostiene T. H. Green, *Buio nella Piazza del mercato*. Comunità di vita cristiana, Milano 1992.

tu divina voluntad, pero cuida tus Obras, sálvalas de mí, que no se manchen conmigo (CC, 34, 143. 22 de marzo de 1910).

Quiere ir con la Iglesia institucional y está dispuesta a obedecer en todo, pero es probada en el sufrimiento. Sabe que esas Obras Dios las ha pedido y Dios las quiere; es una aparente contradicción.



Mediante una u otra de estas formas de prueba, el sacerdote comprende mejor al no creyente y lo acompaña o lo puede acompañar; se hace compasivo y comprensivo como Teresa, como Conchita, que siendo ellas un portento de fidelidad, y de amor y de fe, son “tocadas” en el núcleo de lo que más aman para poderse hacer acompañantes del viaje de quien ha perdido esa fe y esa esperanza.

Frutos concretos de esta prueba para el sacerdote

Lo primero es saber por experiencia personal, que puede haber no creyentes de buena fe (como lo comprendió Teresa) o que puede haber situaciones de tremenda prueba a los buenos y justos por parte de la Iglesia institucional, (como lo comprendió en su experiencia Conchita); ellas también comprendieron que se es incapaz de andar solas el camino para salir de la oscuridad. Esas personas tienen que ser respetadas, amadas, y acompañadas. Los sacerdotes entran en sus razonamientos, verdaderos o falsos, en sus sufrimientos, casi sintiéndolos, percibiéndolos dentro de sí en toda su fuerza y virulencia.

El segundo es comprender las razones de los incrédulos o de quienes son sometidos a la prueba, y por tanto, compartir con ellos lo que viven, sino también el sufrimiento de este estado, comprenderlo mejor que quienes están pasando por él. En efecto, a menudo sucede que quien sufre por la increencia, por el silencio de Dios, o por la falta de sentido de la vida, trata de “divertirse”, de “escaparse”, en el sentido pascaliano del término, es decir de ocuparse de otros quehaceres, de hacer otras cosas para no percibir la angustia y el miedo a la nada y al sin sentido de la vida. Por el contrario, quien, como una carmelita en la vida contemplativa, o una mística como Conchita que tenía frecuentes comunicaciones con Dios o el sacerdote en la dureza del ministerio, no vive este estado “divirtiéndose”, sino afrontándolo, siente el sufrimiento del incrédulo, del que está solo, de quien piensa

que “Dios no oye” mucho más que este, y es capaz de ahondar más profundamente en su corazón.

El tercer fruto consiste en el grandísimo deseo de querer ayudar a estos hermanos.

Y el cuarto es la capacidad para encontrar las palabras, los gestos, los tonos para ayudarlos de verdad. Pensemos en las sencillas oraciones de Teresa y de Concha que sintetizan todo en pocas palabras: “Ten compasión de nosotros, Señor, porque somos pecadores”; “Jesús, Salvador de los hombres, ¡sálvalos, sálvalos!

Conclusión

Es poco lo que se puede decir de un tema tan importante para la vida de los presbíteros. Quiero retomar estas palabras de Conchita sobre el ministerio de los sacerdotes:

¡Padre Eterno amadísimo! Por las manos purísimas de María, recibe mi sangre que en ese cáliz pongo en unión con la de tu Jesús, sacrificándola por tu amor, por tus sacerdotes, y en favor de la salvación y regeneración del mundo por la Cruz. Acéptala, Padre mío, y rocía con ella a los buenos y a los malos, a los vivos y a los difuntos, haciendo fecundo el campo de la Iglesia, por medio del sacrificio. Amén. (CC, 33, 289).

Oh sí, sí, Jesús del alma! Todo esto quiero ser y hacer por Ti, sin cálculos, sin limitaciones, con toda la generosidad de que sea capaz mi pobre corazón. Tu gracia, y las palabras de mi Padre me han impulsado; y te ruego y suplico, que no te detengas por la delicadeza que te caracteriza, sino que rompas el dique del mar de mirra de tu divino Corazón, para que inunde al mío de amarguras, tedios, desolaciones y agonías, ampliando los senos de mi alma para que pueda abarcar los ríos y caudales que Tú derrames en ella, ¡sin tener en cuenta más que tu descanso, tu dicha, tu gloria!

Si con esa moneda se compra la transformación en tus sacerdotes, ¿qué esperas, mi Jesús, para matarme de dolor? ¡No soy acaso de la Iglesia? ¿No les pertenezco a tus sacerdotes?, ¿no soy tu leña para que la quemes en su favor?, ¿no soy tu incienso para que lo arrojes en las brasas que te plazca?

¡Oh sí, Jesús de toda mi alma y de toda mi vida y mi eternidad! Utilízame en la forma que te plazca; y sólo te pido (teniendo en cuenta mi grande miseria), tu fortaleza. No importa que no te vea, ¡ay!, que no te sienta, que no me hables, que parezca que me abandonas. Si esto te place, si así me necesitas, si ésta fuere tu voluntad, la acepto, la beso, la abrazo, la adoro; y aunque la bañe en lágrimas, éstas sólo darán testimonio de mi debilidad y miseria, pero no de que me arrepienta de lo que hoy te ofrezco en esta nueva donación absoluta y plena de mi ser entero: de mi cuerpo y de mi alma, de mi vida y de mi eternidad (CC, 55, 249-251. 13 de junio de 1929).

Pidamos al Señor que por intercesión de Conchita y de Teresa nos conceda unir todas nuestras pruebas y nuestras luchas a la Cruz de Jesús, de modo que abramos nuestros corazones y corramos hacia el Señor llevando junto a nosotros a todos los hermanos.

Especialmente oremos por todos los sacerdotes para que puedan vivir toda purificación de su fe como un anhelante encuentro con el Buen Pastor que los invita a transformarse en él.

Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás; nadie las arrebatará de mi mano. Jn 10, 27-29.

